

EL GRAN
DELIRIO
HITLER,
DROGAS
Y EL
III REICH



Norman Ohler

CRÍTICA

NORMAN OHLER

EL GRAN DELIRIO

Hitler, drogas y el III Reich

Traducción castellana de
Héctor Piquer Minguijón

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: octubre de 2016

El gran delirio. Hitler, drogas y el III Reich
Norman Ohler

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Der totale Rausch*

© 2015, Verlag Kiepenheuer & Witsch GmbH & Co. KG, Köln / Germany

© 2016, de la traducción, Héctor Piquer Minguijón

© Editorial Planeta S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-16771-10-3
Depósito legal: B. 17.864 - 2016
2016. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex

Parte I

Metanfetamina: la droga del pueblo
(1933-1938)

El nacionalsocialismo fue, literalmente, tóxico. Dejó al mundo un legado químico que hoy sigue afectándonos, un veneno que tardará en desaparecer. Aunque los nazis se las dieran de sanos y llevaran a cabo, con pompa propagandística y penas draconianas, una política antidroga ideológicamente bien apuntalada, durante el gobierno de Hitler hubo una sustancia especialmente perversa, especialmente potente y especialmente adictiva que se convirtió en un producto de consumo popular. Legalmente, en comprimidos y bajo el nombre comercial de Pervitin, este producto tuvo un éxito arrollador en todos los rincones del imperio alemán durante la década de 1930 y, más tarde, también en la Europa ocupada, y se convirtió en una «droga popular» socialmente aceptada y disponible en cualquier farmacia. Solo a partir de 1939 se sirvió bajo prescripción médica y en 1941 fue finalmente sometida a las disposiciones de la Ley del Opio del Reich.

Su ingrediente, la metanfetamina, es actualmente una sustancia ilegal o está estrictamente reglamentada,¹ pero sus cerca de cien millones de consumidores la convierten en uno de los tóxicos más apreciados de nuestro tiempo, y la tendencia va al alza. Se elabora en laboratorios clandestinos, a menudo por químicos aficionados, generalmente adulterada y es popularmente conocida como *crystal meth*. La forma cristalina de la denominada «droga del horror» disfruta —en dosis frecuentemente elevadas y generalmente por vía nasal— de una insospechada popularidad precisamente también en Alemania,

donde cada vez hay más consumidores primerizos. Este estimulante, cuyo chute es peligrosamente intenso, se consume como droga de ocio o para aumentar el rendimiento en oficinas, parlamentos y universidades. Quita el sueño y el hambre y promete euforia, pero es, sobre todo en su forma farmacéutica actual,* una droga nociva, potencialmente destructiva y capaz de crear adicción a pasos acelerados. Prácticamente nadie conoce su ascenso en el III Reich.

BREAKING BAD: LA COCINA DE LA DROGA DE LA CAPITAL DEL REICH

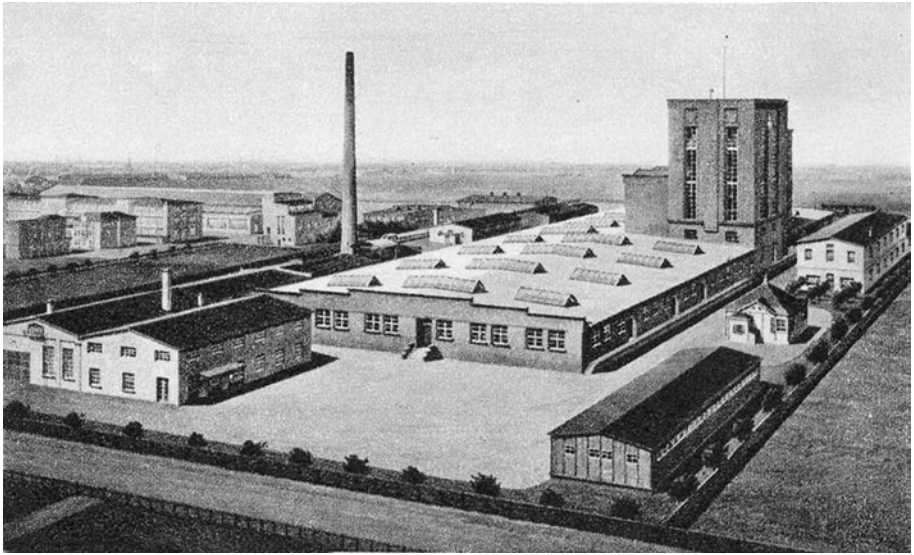
Búsqueda de huellas en el siglo XXI. Bajo un cielo estival despejado que se extiende sobre instalaciones industriales e hileras de edificios clónicos de nueva construcción, viajo en el tranvía por las afueras de Berlín en dirección sureste. Para visitar las ruinas de los laboratorios Temmler, el antiguo fabricante de la pervitina, tengo que apearme en el barrio de Adlershof, llamado hoy «el parque tecnológico más moderno de Alemania». Abandono esta especie de campus universitario y, rodeado de fábricas en ruinas, atravieso tierra de nadie urbana para adentrarme en un páramo de ladrillo desmoronado y acero oxidado.

Los laboratorios Temmler se establecieron aquí en 1931. Un año después, cuando Albert Mendel, copropietario judío de la *Chemische Fabrik Tempelhof*, fue expropiado, Temmler se hizo cargo de la parte de Mendel y comenzó su rápida expansión. Corrían buenos tiempos para las empresas químicas alemanas —como mínimo para las arias de pura cepa— y el sector farmacéutico vivía una época floreciente. Se buscaban sin descanso sustancias nuevas y revolucionarias que aliviaran al hombre moderno de sus dolencias y lo distrajeran de sus preocupaciones. En los laboratorios se llevaron a cabo muchos experimentos y se fijaron unos rumbos farmacológicos que hoy siguen marcando la metodología del sector.

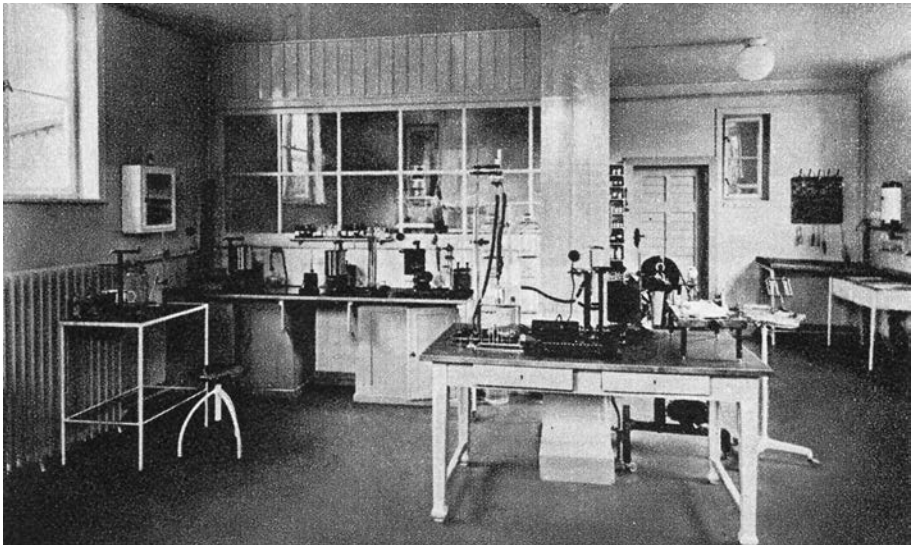
* La molécula psicoactiva de la metanfetamina en su estado puro es menos nociva que las dosis de *crystal meth* elaboradas en laboratorios clandestinos por químicos aficionados, quienes añaden tóxicos como gasolina, ácido de batería o anticongelante.

De la antigua fábrica de medicamentos Temmler en Berlín-Johannisthal solo se conservan las ruinas. Nada recuerda ya su próspero pasado, cuando entre sus paredes se prensaban millones de comprimidos de pervitina al día. El recinto empresarial está en desuso, es terreno baldío. Atravieso un aparcamiento abandonado, me adentro en un bosquecillo de maleza y sorteo un muro sobre el que todavía hay pegados trozos de vidrio para disuadir a los intrusos. Entre helechos y matojos se alza una vieja construcción de madera que recuerda a la típica casa de la bruja de los cuentos infantiles, pero que en realidad fue el germen de la firma fundada por Theodor Temmler. Detrás de un frondoso aliso sobresale una construcción de ladrillo, también abandonada. Tiene una ventana rota, lo suficiente para que pueda entrar por ella. Un pasillo largo y oscuro atraviesa el interior del edificio, cuyas paredes y techos están invadidos por el moho y el fango. Al fondo hay una puerta medio abierta de color verde claro llena de desconchones. Detrás de ella, a la derecha, la luz del día penetra a través de dos vidrieras emplomadas industriales, totalmente reventadas. En el exterior, la vegetación es exuberante, y dentro reina el vacío. En un rincón hay un nido de aves abandonado. Las paredes están revestidas con azulejos blancos, en parte descascarillados, que llegan hasta el techo, alto, provisto de orificios circulares de extracción.

Estos muros albergaron en su día el laboratorio del doctor Fritz Hauschild, jefe de Farmacología de Temmler entre 1937 y 1941 y buscador de un nuevo tipo de medicamento, una «sustancia potenciadora del rendimiento». Esta es la cocina de la droga del III Reich. Aquí, entre crisoles de porcelana, espirales de condensación y enfriadores de vidrio, los químicos elaboraban una mercancía purísima. Las tapas de los barrigudos matraces de ebullición repiqueteaban y despedían con un silbido constante un vapor caliente de color rojo y amarillo, mientras las emulsiones chasqueaban y las manos de los químicos enfundadas en guantes blancos regulaban los percoladores. Nació la metanfetamina. Y lo hacía con una calidad que ni en sus mejores momentos consigue el propio Walter White, el cocinero de drogas de *Breaking Bad*, la serie de televisión estadounidense que ha hecho del *crystal meth* un símbolo de nuestro tiempo.



Los laboratorios Temmler en Berlín-Johannisthal, ayer...





... y hoy.



La expresión «breaking bad» se podría traducir como algo parecido a «cambiar de repente y hacer el mal». No sería un mal título para la historia de Alemania entre los años 1933 y 1945.

UN PRELUDIO EN EL SIGLO XIX: LA DROGA PRIMIGENIA

La dependencia voluntaria es el estado más bello.

Johann Wolfgang von Goethe

Para entender la relevancia histórica que esta y otras drogas tuvieron en los hechos sucedidos en el estado nacionalsocialista, debemos remontarnos al siglo que lo precedió. El desarrollo de las sociedades modernas está tan unido al origen y distribución de los estupefacientes como la economía lo está al progreso de la tecnología. Un punto de partida lo encontramos en 1805, año en el que Goethe escribió su *Fausto* en la Weimar clasicista y formuló por medios poéticos una de sus tesis, según la cual la propia génesis del ser humano estaría inducida por las drogas: modifíco mi cerebro, luego existo. Simultáneamente, en la menos glamurosa Paderborn, en Westfalia, el ayudante de farmacia Friedrich Wilhelm Sertürner experimentaba con la adormidera, cuyo espeso jugo, el opio, alivia el dolor como ninguna otra sustancia. Así, mientras Goethe intentaba averiguar por la vía poético-dramática qué era lo que lo mantenía unido al mundo en lo más íntimo, Sertürner se proponía resolver un problema concreto y milenario que afectaba a la especie en la misma medida —como mínimo— que el de Goethe.

La concentración del principio activo presente en el opio puede variar en función de las condiciones de crecimiento de la planta. Este hecho supuso un reto para el genial químico de apenas veintiún años de edad: unas veces, el jugo amargo de la adormidera no aliviaba el tormento lo suficiente, y otras, se obtenían sobredosis no deseadas e intoxicación. Sin ayuda de nadie, igual que Goethe consumiendo láudano —el preparado medicinal opiáceo— en su aposento de poeta, Sertürner hizo un descubrimiento sensacional: consiguió aislar la

morfina, el principal alcaloide del opio, una especie de Mefistófeles farmacológico que transforma el dolor en bienestar como por arte de magia. El hallazgo no solo supuso un punto de inflexión en la historia de la farmacología, sino que fue uno de los acontecimientos más importantes del incipiente siglo XIX, por no decir de la historia de la humanidad. El dolor, ese inquietante compañero de viaje, podía por fin ser mitigado, incluso eliminado, gracias a una dosis precisa. Farmacias de toda Europa cuyos boticarios se habían limitado hasta entonces, según su leal saber y entender, a hacer bolitas con los ingredientes que sacaban de sus propios huertecillos de especias o de las remesas de las herboristas, se convirtieron en cuestión de pocos años en verdaderas manufacturas donde se establecieron estándares farmacológicos.* La morfina no solo encerraba el consuelo para cualquier azote de la vida, sino también un negocio de enormes proporciones.

En Darmstadt, el propietario de la farmacia Engel, Emanuel Merck, se distinguió como pionero de esta tendencia y postuló en 1827 como filosofía empresarial la voluntad de suministrar alcaloides y otros fármacos siempre con la misma calidad. Fue el nacimiento no solo de la todavía hoy próspera firma Merck, sino también de la industria farmacéutica alemana en general. Con la invención hacia 1850 de la jeringa, la marcha triunfal de la morfina ya no se detendría. Este analgésico se empleó masivamente en la guerra de Secesión estadounidense (1861-1865) y en la guerra franco-prusiana (1870-1871), donde los chutes de morfina estaban a la orden del día.² Su influencia fue decisiva, tanto para bien como para mal. Para bien, porque conseguía apaciguar el suplicio de los heridos graves; para mal, porque ello hacía posibles las guerras a una escala aún mayor, ya que los soldados que antes quedaban inútiles por un tiempo prolon-

* Unos precursores de esta actividad habían sido los monasterios cristianos, donde ya en la Edad Media se elaboraban medicamentos a gran escala y se exportaban más allá del área de influencia monacal. En Venecia (donde en 1647 se abrió la primera cafetería de Europa) se habían producido preparados químicos y farmacéuticos desde el siglo XIV.

gado a causa de una herida, ahora podían recobrar fuerzas y ser devueltos a la primera línea de fuego.

Con la morfina, la evolución de los métodos de analgesia y aturdimiento —con fines anestésicos o no— alcanzó un clímax decisivo que afectó en la misma medida a ejércitos y sociedad civil. Del obrero al aristócrata, la supuesta panacea se impuso por todo el mundo, desde Europa y Asia hasta América. En aquella época, en los *drug-stores* diseminados por Estados Unidos de costa a costa se ofrecían sin receta dos sustancias particularmente activas: por un lado, se servían zumos con morfina como sedantes y, por otro, se administraban cócteles con cocaína (como, al principio, el vino Mariani —un burdeos con extracto de coca— o la Coca-Cola)*³ para combatir el desánimo, como euforizante hedonista o como anestesia local. Pero esto solo fue el principio. Rápidamente, la naciente industria quiso diversificarse y tuvo que crear nuevos productos. El 10 de agosto de 1897, Felix Hoffmann, químico de la empresa Bayer, sintetizó el ácido acetilsalicílico a partir de un principio activo de la corteza de sauce. El producto se lanzó al mercado bajo el nombre comercial de Aspirin y conquistó el globo. Once días después, el mismo investigador inventó la que sería la primera droga de diseño, otra sustancia que también causaría furor en todo el mundo: la diacetilmorfina, un derivado de la morfina. Salió a la venta con el nombre de Heroin y comenzó su marcha triunfal. «La heroína es un bonito negocio», pronosticaron orgullosos los directores de Bayer, quienes comercializaron el medicamento para combatir el dolor de cabeza, el malestar e, incluso, como jarabe infantil contra la tos. También sostenían que hasta los lactantes podían tomarlo en caso de cólico intestinal o problemas de sueño.⁴

El negocio iba viento en popa no solo para Bayer. Otros bastiones de la farmacología moderna también se establecieron en el último tercio del siglo XIX a lo largo del Rin. Desde el punto de vista

* Alrededor de 1885, el farmacéutico estadounidense Pemberton combinó cocaína con cafeína para obtener una bebida refrescante, que no tardó en venderse también como curalotodo, llamada Coca-Cola. Hasta 1903, la Coke original contenía supuestamente hasta 250 miligramos de cocaína.

estructural, los astros se alinearon: por un lado, debido a la fragmentación territorial, en el imperio alemán no había suficiente capital bancario ni predisposición a correr grandes riesgos inversores. Por otro lado, esto era precisamente lo que al sector farmacéutico le interesaba, ya que, a diferencia de la industria pesada tradicional, los fármacos requerían muy poca maquinaria y materia prima. Es decir: invirtiendo poco también se podía ganar mucho. Lo más importante era la intuición y los conocimientos, y Alemania, país rico en capital humano, disponía de un plantel prácticamente inagotable de químicos e ingenieros excelentemente formados que se alimentaba del entonces mejor sistema educativo del mundo. La red de universidades y escuelas técnicas superiores era modélica: la ciencia y la economía trabajaban mano a mano. Se investigaba a toda marcha y se desarrollaba un sinnúmero de patentes. Antes del cambio de siglo, Alemania ya se había convertido, como industria química, en «el laboratorio del mundo», y el sello *Made in Germany*, en un distintivo de calidad en lo relativo a las drogas.

ALEMANIA, PAÍS DE DROGAS

La situación tampoco cambió después de la primera guerra mundial. Mientras Francia y el Reino Unido podían proveerse de estimulantes como el café, el té, la vainilla o la pimienta y otros remedios naturales gracias a sus colonias de ultramar, Alemania, que había perdido sus posesiones extraterritoriales —comparativamente escasas— en virtud del tratado de Versalles, tuvo que encontrar otros caminos o, mejor dicho, producirlos artificialmente. Y es que el país necesitaba excitantes: la derrota en la Gran Guerra había dejado heridas profundas y causado todo tipo de daños, tanto físicos como psicológicos. En la década de 1920, las drogas fueron ganando cada vez más importancia para la afligida población que habitaba Alemania desde el mar Báltico a los Alpes. Y el *know how* necesario para producirlas estaba disponible.

El rumbo hacia una industria farmacéutica moderna estaba, pues, marcado. Muchas de las sustancias químicas que hoy conocemos se

desarrollaron y patentaron en un breve lapso de tiempo. Las empresas alemanas que copaban los primeros puestos del mercado mundial no solo producían la mayoría de medicamentos, sino que también suministraban a todos los rincones del mundo la mayor parte de los ingredientes químicos necesarios para su elaboración. Nacía una *new economy*, un *chemical valley* entre Oberursel y la Selva de Oden. De la noche a la mañana, pequeños negocios que nadie conocía prosperaron y se convirtieron en empresas influyentes. En 1925, las grandes fábricas químicas se fusionaron en el conglomerado IG Farben y crearon, de golpe, uno de los consorcios más poderosos del mundo con sede en Fráncfort. Sobre todo los opiáceos seguían siendo una especialidad alemana. En 1926, el país encabezaba la lista de estados productores de morfina y era líder mundial en exportación de heroína: el 98 % de la producción iba al extranjero.⁵ Entre 1925 y 1930 se fabricaron 91 toneladas de morfina, un 40 % de la producción mundial.⁶ En 1925, Alemania firmó, con reticencias y obligada por el tratado de Versalles, un acuerdo internacional de la Sociedad de Naciones sobre el control del opio destinado a regular el tráfico de la sustancia. Su ratificación en Berlín no se produjo hasta 1929. Antes, en 1928, la industria de alcaloides alemana todavía refinaba doscientas toneladas de opio.⁷

Los alemanes también fueron líderes en otra sustancia: las empresas Merck, Boehringer y Knoll dominaron el 80 % del mercado mundial de la cocaína. La que se elaboraba en los laboratorios Merck de Darmstadt era considerada la mejor en todo el planeta; hasta los chinos piratearon el producto e imitaron las etiquetas.⁸ Hamburgo era el principal centro europeo de distribución de cocaína bruta: cada año se importaban legalmente miles de kilos a través de su puerto. Así, por ejemplo, Perú transportaba a Alemania la práctica totalidad de su producción anual de cocaína bruta (más de cinco toneladas) para procesarla. El influyente Comité del Opio y la Cocaína, en el cual se habían agrupado los fabricantes de drogas alemanes para representar los intereses del sector, trabajó incansablemente para estrechar lazos entre el gobierno y la industria química. Dos cárteles formados por sendos puñados de empresas se repartieron, en virtud de otro acuerdo de cártel, el lucrativo mercado «en todo el mundo»:⁹

eran la Convención de la Cocaína y la Convención del Opio. Merck ocupaba puestos ejecutivos en ambas organizaciones.¹⁰ La joven República, bañada en sustancias estupefacientes y alteradoras de la conciencia, suministraba heroína y cocaína a todos los rincones de la Tierra y se erigía en camello global.

LOS QUÍMICOS AÑOS VEINTE

Este desarrollo científico y económico también se reflejó en el espíritu de la época. Los paraísos artificiales estaban en boga en la República de Weimar. La gente prefería evadirse a mundos ficticios en vez de encarar una realidad a menudo muy poco halagüeña, un fenómeno que definía a la perfección, tanto política como culturalmente, la primera democracia creada en suelo alemán. La población no quiso reconocer los verdaderos motivos de la derrota en la primera guerra mundial y suprimió de sus conciencias la corresponsabilidad del *establishment* nacional-imperial en el fiasco bélico. Se había extendido la dañina leyenda de lo que entonces se llamó «la puñalada por la espalda», es decir, la creencia de que el ejército alemán cayó derrotado única y exclusivamente porque había sido sabotado desde el propio país, concretamente, por las izquierdas.¹¹

Estas tendencias de huida de la realidad se traducían con frecuencia en odio puro y exceso cultural. La novela *Berlín-Alexanderplatz* de Alfred Döblin no fue la única obra literaria que retrató la capital alemana de posguerra como la Ramera de Babilonia, con un inframundo, el más miserable de todas las ciudades, buscando la redención en las peores formas de desenfreno imaginables, incluidos, por supuesto, los estupefacientes. «¡La vida nocturna berlinesa, chico-chico, el mundo no ha visto nada igual! Una vez tuvimos un ejército estupendo. ¡Ahora tenemos perversiones estupendas!», escribió Klaus Mann.¹² La ciudad del río Spree se convirtió en sinónimo de depravación. Cuando el marco cayó en picado debido a la gigantesca ampliación monetaria destinada a saldar la deuda del país y, en el otoño de 1923, se cotizó al inconcebible tipo de cambio de

4,2 billones por dólar estadounidense, todos los valores morales se hundieron junto con la moneda.

El delirio toxicológico lo impregnaba todo. La actriz y bailarina Anita Berber, un icono de la época, bañaba pétalos de rosa blanca en cloroformo y éter y los chupaba a la hora del desayuno: *wake and bake*. En los cines se proyectaban películas sobre la cocaína o la morfina y en las esquinas se podía conseguir cualquier droga sin necesidad de receta. Al parecer, el 40 % de los médicos berlineses eran morfinómanos.¹³ En el barrio de Friedrichstadt, comerciantes chinos procedentes de la antigua concesión colonial de Kiau Chau regentaban fumadores de opio y en las trastiendas del distrito de Berlín-Mitte se abrían locales nocturnos. Traficantes repartían octavillas cerca de la estación de Anhalt para informar de las fiestas ilegales y las llamadas «noches de la belleza». Clubes de grandes dimensiones, como el famoso Haus Vaterland de la Potsdamer Platz o el salón de baile Resi de la Blumenstrasse —célebre por la promiscuidad desenfrenada que encerraban sus paredes— y otros establecimientos de menor aforo, como el Kakadu-Bar o el Weisse Maus, en cuya entrada se repartían máscaras para asegurar el anonimato de los clientes, atraían a las masas ávidas de diversión. Una forma precursora de turismo de ocio y drogas procedente de los países occidentales vecinos y Estados Unidos se instauró en Berlín porque allí era todo tan excitante como asequible.

Perdida la guerra mundial, todo estaba permitido, y la metrópolis se transformó en la capital europea de la experimentación. Carteles pegados en los muros de los edificios advertían llamativamente con letra expresionista: «Berlín, detente. ¡Recuerda que estás bailando con la muerte!». La policía dejó de perseguir. La alteración del orden fue, al principio, esporádica y, después, crónica. La cultura de la diversión llenaba el vacío tan bien como podía, como refleja esta canción popular de la época:

Antes, por momentos, el alcohol,
ese néctar despiadado,
a un placer caníbal nos llevó,
pero ahora sale caro.
Y por eso en Berlín nos pirra
la cocaína y la morfina

aunque afuera truene y caigan rayos,
 ¡esnifamos y nos chutamos! ...
 En el restaurante, el camarero
 sirve frasquitos de coca,
 y a un mundo más ameno
 te trasladadas unas horas;
 la morfina surte efecto (subcutánea)
 en el órgano central, instantánea,
 para encender los ánimos
 ¡esnifamos y nos chutamos!

Los fármacos están prohibidos
 por la ley de los de arriba,
 pero lo que el gobierno ha abolido,
 es con lo que hoy se trafica.
 Así la euforia fácilmente surge
 y aunque el Mal nos desplume
 con los ojos cerrados
 ¡nos chutamos y esnifamos!

Y se chutan en el manicomio
 y esnifan hasta morir.
 ¡Oh, Dios mío, qué peor encomio
 en este mundo vivir!
 Pues una gran casa de locos
 es Europa de todos modos,
 y en el Paraíso gusta hacer parada
 ¡a base de chutes y esnifadas! *¹⁴

* Fritz von Ostini, canción «Neues Berliner Kommerslied» («Nueva canción de los estudiantes berlineses»), también llamada «Wir schnupfen und wir spritzen» («Esnifamos y nos chutamos»), reproducida en: *Jugend*, n.º 52, (1919). El texto original es el siguiente: *Einst ward uns durch den Alkohol, / Das süße Ungeheuer, / Zu Zeiten kannibalisch wohl, / Doch jetzt kommt das zu teuer. / Und wir Berliner greifen drum / Zu Kokain und Morphinum / Mag's donnern drauß' und blitzen, / Wir schnupfen und wir spritzen! ... // Der Ober bringt im Restaurant / Das Kokadöschen gerne, / Dann lebt man ein paar Stunden lang / Auf einem besseren Sterne; / Das Morphinum wirkt (subkutan) / Gar prompt auf das Zentralorgan, / Die Geister zu erhitzen / Wir schnupfen und wir spritzen! // Die Mittelchen sind zwar verwehrt / Durch das*

En 1928, solamente en Berlín se vendieron legalmente con receta 73 kilos de morfina y heroína en las farmacias.¹⁵ Quien se lo podía permitir, consumía cocaína, el arma definitiva de intensificación del presente. Era esnifar y notar lo que Goethe había puesto en boca de Fausto para referirse al momento: «¡Detente! ¡Eres tan bello!». La coca se extendió por todas partes y se erigió en símbolo de una época de desenfreno. Compitiendo por hacerse con el poder en las calles, comunistas y nazis, en la misma medida, la estigmatizaron como el «veneno de la degeneración». Las reacciones a la oleada de desinhibición se multiplicaron. La ultraderecha nacionalista decía pestes de la «decadencia moral», pero también del bando conservador salían ataques similares. Incluso cuando se aceptó con orgullo el ascenso de Berlín a la categoría de metrópolis cultural, hasta la burguesía, que en los años veinte perdía categoría social, mostraba su desconcierto condenando radicalmente la cultura de diversión y masas, a la que tachaba de decadentemente occidental.

Pero la peor campaña en contra de la búsqueda de salvación farmacológica durante la época de Weimar llegó del bando nacionalsocialista. Su indisimulado alejamiento del sistema parlamentario, de la despreciada democracia *per se*, así como de la cultura urbana de una sociedad en proceso de apertura, halló una vía de expresión en la verborrea identitaria en contra de la coyuntura de supuesto envilecimiento en la que se hallaba la odiada «república judía».

Los nazis tenían a punto su propia receta para la sanación del pueblo y prometían curación ideológica. Para ellos, el único éxtasis legítimo que podía haber era el nacionalsocialista, porque el nazismo también aspiraba a una coyuntura trascendente: el mundo imaginario nazi al que había que atraer a los alemanes utilizó desde el principio técnicas enajenadoras para movilizar a las masas. Como ya se

Gesetz von oben, / Doch was man offiziell entbehrt, / Wird heutzutage geschoben / So kommt man leicht zur Euphorie / Und wenn uns wie das liebe Vieh / Die bösen Feinde rufen / Wir spritzen und wir schnupfen! // Und spritzt man sich ins Irrenhaus / Und schnupft man sich zu Tode / Du lieber Gott, was macht das aus / In dieser Weltperiode! / Ein Narrenhaus ist ohnedies / Europa und ins Paradies / Mag Einer gern heut schlupfen / Durch Spritzen und durch Schnupfen!

apuntaba en el incendiario escrito de Hitler *Mi lucha*, las decisiones cruciales para la historia universal debían imponerse en una coyuntura de entusiasmo extático o, en caso necesario, de histeria. El NSDAP, el partido de los nacionalsocialistas, persuadía, por un lado, utilizando argumentos populistas y, por otro, organizando desfiles de antorchas, consagraciones de banderas, manifestaciones exaltadoras y discursos públicos destinados a generar un estado de éxtasis colectivo. A estos se añadieron los «delirios de violencia» de las SA (la sección de asalto del NSDAP) durante el *Kampfzeit* (el «período de lucha» o ascenso al poder de los nazis), con frecuencia alimentados por el consumo abusivo de alcohol.* El nacionalsocialismo rechazaba la *Realpolitik* como simple política de regateo carente de heroicidad y llamaba a sustituirla por una especie de estado de éxtasis social.¹⁶ Si, desde un análisis psichistórico, se puede considerar la República de Weimar como una sociedad de suplantadores de la anterior monarquía, entonces sus supuestos antagonistas, los nacionalsocialistas, fueron la punta de lanza de esta corriente. Odiaban las drogas porque querían producir el mismo efecto que ellas.

CAMBIO DE PODER, CAMBIO DE SUSTANCIAS

... mientras el abstinerente Führer calla.¹⁷

Günter Grass

El círculo más próximo a Hitler consiguió que, ya en la época de Weimar, arraigara la idea del trabajador incesante que ponía su existencia completamente al servicio de «su» pueblo. Un líder intocable con la única y exclusiva tarea hercúlea de atajar los problemas y con-

* Cabe recordar que la fundación del NSDAP, el 24 de febrero de 1920, tuvo lugar en una cervecería de Múnich, la Münchner Hofbräuhaus. Al principio, el alcohol tuvo un papel destacado en los rituales iniciáticos de estrechamiento de lazos varoniles del Partido Nazi y su sección de asalto. Este libro solamente aborda por encima el papel del alcohol en el III Reich porque va más allá del ámbito tratado y merece una explicación aparte.

tradiciones sociales y suavizar las consecuencias negativas de una guerra mundial perdida. Un compañero de armas de Hitler lo explicó así en 1930: «Se entrega en cuerpo y alma, y disciplina tanto su cuerpo que no podemos quejarnos. No fuma ni bebe, come casi exclusivamente verdura fresca y no se acerca a ninguna mujer». ¹⁸ Según este retrato, Hitler no tomaba café, lanzó su último paquete de cigarrillos al Danubio a su paso por Linz al finalizar la primera guerra mundial y, desde entonces, ningún otro veneno entró en su cuerpo.

«Nosotros, los abstinentes, tenemos, dicho sea de paso, un motivo especial para estar agradecidos a nuestro Führer si pensamos en lo modélica que puede ser para todos su conducta personal y su opinión con respecto a las drogas», decía un comunicado de una asociación de abstinentes. ¹⁹ El canciller imperial era, al parecer, una persona pura, enemiga de los placeres mundanos y sin vida privada. Una existencia marcada por una supuesta renuncia y un sacrificio constante. Todo un modelo de vida sana. La leyenda del Hitler abstinente y enemigo de las drogas que aplaza sus necesidades personales fue un elemento esencial de la ideología nacionalsocialista y no dejó de escenificarse en los medios de comunicación de masas. Se creó un mito que arraigó no solo en la opinión pública, sino también en los pensadores críticos, y que hoy todavía resuena. Un mito que hay que deconstruir.

Tras la toma del poder el 30 de enero de 1933, los nacionalsocialistas asfixiaron en poco tiempo la exaltada cultura del ocio de la República de Weimar con todas sus luces y sombras. Las drogas se prohibieron porque permitían experimentar irrealidades distintas de las nacionalsocialistas, y tales «venenos seductores» ²⁰ no podían tener cabida en un sistema donde solo el Führer estaba llamado a seducir. El camino tomado por los gobernantes en su lucha —por llamarla de algún modo— contra las drogas no fue tanto endurecer una Ley del Opio heredada de la época de Weimar, ²¹ sino crear varias disposiciones de nuevo cuño al servicio de la idea fundamental nacionalsocialista de «higiene racial». Al concepto «droga», que en su tiempo había tenido el significado totalmente neutro de ‘planta

seca',* se le atribuyeron valores negativos. El consumo fue estigmatizado y —con la ayuda de departamentos de policía criminal oportunamente creados a toda prisa— castigado de la forma más severa posible.

Este nuevo acento cuajó ya en noviembre de 1933, cuando el Reichstag nazificado aprobó una ley que permitía internar forzosamente a personas adictas en un establecimiento cerrado por un período de hasta dos años, con la posibilidad de prolongar la estancia de manera ilimitada por decisión judicial.²² Otras medidas preveían que los médicos que consumieran estupefacientes fueran sancionados con una inhabilitación de hasta cinco años. Por otro lado, la obligación del secreto profesional médico fue revocada para poder llevar un registro de consumidores de sustancias ilegales. El presidente del Colegio de Médicos de Berlín dispuso que los profesionales debían dar un «aviso de drogas» cada vez que administrasen narcóticos a un paciente durante más de tres semanas, aduciendo que «la seguridad pública está amenazada por prácticamente cada caso de abuso crónico de alcaloides».²³ Cuando llegaba un aviso de este tipo, dos peritos evaluaban al afectado. Si la valoración de su disposición genética era «correcta», se le sometía bruscamente a una desintoxicación forzosa. Mientras en la República de Weimar se habían preferido períodos de desenganche más lentos o suaves, en el III Reich se optó por escarmentar al adicto y no ahorrarle el sufrimiento del síndrome de abstinencia.²⁴ Y si los resultados del examen de disposición genética eran negativos, un tribunal podía ordenar el ingreso por tiempo indefinido. Los consumidores de drogas también solían acabar en campos de concentración.²⁵

Además se exhortó a todos los alemanes a «comunicar observa-

* Etimológicamente, la palabra proviene del neerlandés *droog*, que significa 'seco'. En la época colonial holandesa se denominaban así los productos estimulantes deshidratados que llegaban de ultramar, como las especias o el té. Antiguamente, en Alemania, todas las plantas, partes de plantas, hongos, animales, etc., farmacéuticamente utilizables (es decir, sometidos a un proceso de deshidratación) se consideraban *Drogen* y, más tarde, también la mayoría de remedios y medicinas (de ahí, por ejemplo, el término *Drogerie* para referirse a su lugar de venta).

ciones sobre familiares y conocidos que padezcan alguna drogadicción para poner remedio inmediato»²⁶ y se crearon ficheros de personas para poder llevar un registro completo. Así, los nazis no tardaron en hacer de su particular lucha contra los estupefacientes un instrumento para construir un estado espía. En cada rincón del Reich, la dictadura puso en práctica lo que ella misma denominó «gestión sanitaria». En cada región administrativa del NSDAP había un Grupo de Trabajo para la Lucha Antidroga en el que, formando un amplio entramado, trabajaban médicos, farmacéuticos, miembros de la Seguridad Social, la justicia, las fuerzas armadas y la policía, así como de la organización Bienestar Popular Nacionalsocialista. Los hilos de esta extensa red confluían en el Servicio de Salud del Reich en Berlín, en el Departamento Principal 2.º del Comité del Reich para la

- Zentralkartei -
Nummernreiter bedeuten:

1 Händler [inländische]	10 Betrüger u. Etikettfälscher	19 Händler [internationale]
2 Verbraucher	11 Suchtgefährdete	20 Drogensüchtige
3 Kokainsüchtige	12 Ärzte [allgemein]	21 Kriegsbeschädigte
4 Sonstige Süchtige	13 Apotheker [gemein]	22 Künstler
5 Rezeptfälscher	14 Apotheker [Verstärkte d. VVO]	23 Heil- u. Pflegepersonal
6 Rezeptdiebe	15 Dolantinsüchtige	24
7 Btm.-Diebe u. Einbrecher	16 Pervitinsüchtige	25 Berufsuntersagung
8 Pantoponsüchtige	17 Opiumsüchtige	26 Eukodalsüchtige
9 Ärzte [Vielverschreiber]	18 Morphiumsüchtige	27
<u>Farbige Reiter bedeuten:</u>		28 Selbstmörder
Lila: Juden		Rot: Zur Entziehungskur Untergebrachte
Gelb: Berliner Täter aus den Jahren 1927-36		Grün: Nach 1931 Süchtiggewordene
Schwarz: In polizeiliche Vorbeugungshaft genommene Täter		Blau:

Una ficha de registro de la Central del Reich para la Lucha contra los Delitos por Estupefacientes podía decidir entre la vida y la muerte.²⁷